

EN ALGÚN LUGAR DE LA VÍA LÁCTEA...

En algún lugar de la vía láctea, existió alguna vez una estrella llamada Shine. Ella, como todas sus compañeras, brillaba cuando aparecía la luna y descansaba al ver los primeros rayos del alba. Formaba parte de una constelación enorme, con millones de estrellas de todos los tamaños. Algunas, grandes y relucientes, otras, minúsculas y apagadas.

Una noche de luna llena, cuando Shine se desperezaba y se preparaba para brillar toda la noche, algo le llamó la atención. A lo lejos divisó una luz inigualable, la más espléndida que jamás había contemplado. Curiosa, intentó ver de donde procedía ese bello destello y descubrió que era una hermosa estrella.

Shine quedó embelesada por aquel astro tan espectacular, ni siquiera notó cuando el señor Sol empezó a alumbrar todo el cielo con sus rayos dorados. A la noche siguiente, preguntó a las estrellas de su constelación cuál era el nombre de aquella estrella tan brillante. Le dijeron que se llamaba Luz y que los humanos desde la Tierra siempre la señalaban admirados y alababan su resplandor.

Shine decidió hablar con Luz. Las estrella al no poder desplazarse se comunicaban por los pensamientos. Durante las siguientes veinte lunas conversaron todas las noches. Tenían mucho en común y a Shine le fascinaba la inteligencia y la belleza de la brillante estrella. Soñaba con ella de día y de noche, no podía esperar para oír su dulce voz. Poco a poco creció un amor entre ambos cuerpos celestes. Shine le contaba a sus amigas las increíbles historias que le había contado Luz. Como que una vez la Luna la llamó " la más bella del firmamento ". O que, en una ocasión, vio un satélite enviado por unos científico. Pero la historia que más llamó su atención fue la que narraba como Luz contempló una estrella fugaz. Y es que lo que más ansiaba Shine era poder moverse y volar hasta su querida estrella para abrazarla y estar con ella.

Sin embargo, Luz le advirtió que una vez la estrella fugaz finalizaba su trayecto se desvanecía. Shine sabía que para poder desplazarse sólo tenía que decírselo a Luna, ya que todas las estrellas tenían el privilegio de poder pedirle un deseo y éste siempre se cumplía. Pasó el tiempo y Luz y Shine estaban cada vez más unidas lo que causó que las ganas de estar juntas aumentara.

Una tranquila noche de luna creciente, Shine no pudo soportarlo más y le pidió a la luna que la convirtiera en una estrella fugaz. Al principio no quiso concederle su deseo, ya que eso implicaría su fin, pero la estrella insistió y la luna no tuvo más remedio que ceder. Acto seguido, Shine notó como empezaba a surcar el cielo estrellado. Era una sensación increíble. Sobrevoló planetas, galaxias y muchas cosas más, pero ella sólo tenía un objetivo: encontrar a Luz. De repente, empezó a notar como un brillo despampanante le acariciaba el rostro, y supo que era ella. Luz, al ver que Shine se acercaba, comenzó a llorar temiendo perderla para siempre. En cuestión de segundos, la estrella fugaz llegó a su destino y ambas se fundieron en un abrazo de amor que jamás olvidarían. Shine desapareció, pero estaba feliz. Luz no podía creer que hubiera sacrificado su existencia sólo para poder estar a su lado una vez. Pero, no se iba a quedar de brazos cruzados, llamó a la luna y le dijo con su hermosa voz:

- Querida Luna, me gustaría que me concedieras mi mayor y único deseo. Sólo quiero estar con Shine toda la eternidad.

La luna, conmovida, accedió. De golpe, un torbellino de color se formó junto a Luz y apareció su querida Shine, justo a su lado. Sus luces se combinaron y estuvieron más unidas que nunca y así continuaron toda la eternidad.

GRACIA M^ª CALVO GUISTADO, 14 años

St. Mary's School

Sevilla